

Apuntes históricos de Valdeverdeja: Las epidemias de Cólera (1855) y Gripe Española (1918)

ESPERANZA MARTÍN MONTES

Se ha considerado que la peste, el cólera, el paludismo, la fiebre amarilla, la viruela o la gripe han sido algunas de las patologías infecciosas más devastadoras para el ser humano. Los procesos infecciosos, son los responsables, según indica Iruzubieta “de la mayor parte de la mortalidad total a lo largo de la historia de la humanidad hasta la década de los años 50 del siglo xx, momento en el que la tendencia cambió de rumbo, con un mayor protagonismo de los procesos crónicos asociados a una mayor esperanza de vida y a la acción de nuevos factores etiológicos”¹. España no escapó a esta calamitosa realidad social. Valdeverdeja, tampoco. Así, desde la terrible *Peste Negra* de 1348 hasta el mortífero contagio de *Gripe* en 1918, españoles y verdejos recibieron, durante siglos, la visita cíclica de “tormentas” epidémicas que dejaron un trágico rastro en su fluir demográfico.

El mal del Ganges en Valdeverdeja

La primera epidemia de que nos haremos eco es la del cólera morbo asiático, enfermedad endémica que desde antiguo castigaba Asia, sobre todo las orillas del río Ganges, en la India. Para su análisis nos serviremos de los documentos del archivo parroquial, especialmente los libros sacramentales de difuntos, al no conservarse los registros de los Cabildos ni las Juntas de Sanidad municipales anteriores al siglo xx.

Parece ser que la epidemia de cólera que afectó a los verdejos en el verano de 1855, entró en España a través de varios enfermos que transportaba un vapor procedente de La Habana que desembarcó en el puerto de Vigo en noviembre de 1853². La enfermedad se extendió por las cuatro provincias gallegas, invadiendo el resto de España en la primavera de 1854, aunque a Valdeverdeja no llegará hasta el año siguiente. El 26 de julio se entierran varios verdejos a consecuencia del cólera. No obstante, en las anotaciones parroquiales y, probablemente, para evitar el pánico entre la población, no se registra la muerte por cólera, sino con otro diagnóstico menos alarmante: “gastro entero colitis con síntomas”. Síntomas de cólera, claro está. Pero se evita escribir la fatal palabra. Quizá la ocultación inicial de víctimas se debiese también al desconocimiento de la mecánica de la enfermedad por parte de los facultativos que ejercían en el municipio, ya que en fechas inmediatas anteriores a estos fallecimientos, observamos asientos de defunciones debidas a “gastro enteritis aguda, enteritis crónica...” y similares. Circunstancia que nos conduce a pensar en la posibilidad de que algunos difuntos padeciesen *Colerina*, diarrea considerada previa o precursora del cólera epidémico y, también, como una forma atenuada del mismo, pudiendo haber sido entendida por los médicos como un mero proceso estomacal³.

El día 15 de agosto había cincuenta pueblos de la provincia de Toledo víctimas de la epidemia, además de la capital, aunque llegarían a ser 97 los municipios afectados. La localidad más atacada era —en relación al número de habitantes— Valdeverdeja, en la que se contabilizaron 488 enfermos del 4 al 20 de agosto⁴, de los que fallecerán, según hemos comprobado en los asientos parroquiales, 195 infectados. Siendo 253 vecinos en total los que perecerán durante el mes de agosto. El día 9 de dicho mes fue el momento más trágico del proceso de la enfermedad, con 45 óbitos ese mismo día. Tal era la desolación que mostraba el párroco al anotar las muertes, que en el margen del asiento de defunciones escribirá: “Día fatalísimo”. También hubo días de 13, 15, 16, 17... fallecidos. Desde que tomaron tierra los primeros cuerpos en julio, hasta finales de septiembre en que la enfermedad comienza su declive, la villa será un incesante circular de cadáveres hacia el cementerio. Todos. Párvulos y adultos. Vecinos y transeúntes.

Ricos y pobres. Todos conocerán el efecto devastador e inevitable de la muerte. Resulta fácil imaginar las reacciones de pánico que suscitaría tan crecido número de víctimas en un escenario social como la Valdeverdeja de mediados del siglo XIX. Parecía que Dios llamaba a juicio a toda la población. La muerte no sólo afectaba al hombre como individuo. Era una muerte social que afligía a toda la comunidad, marcándola física y anímicamente. No debe olvidarse que murieron cientos de personas en el periodo que la enfermedad estuvo activa. Jesús Rodríguez Moreno señala que fueron 350 las personas fallecidas en Valdeverdeja en 1855, frente a las 137 de 1852 o las 95 de 1856⁵. La diferencia de defunciones respecto al año en que se padeció el cólera muestra la catástrofe demográfica sufrida por la villa.

En un principio, las víctimas fueron sepultadas en el camposanto habilitado a tal efecto en la ermita de los Santos Mártires. Pronto, el espacio del antiguo santuario se mostró insuficiente ante la calamitosa situación, por lo que el Ayuntamiento y la Junta de Sanidad asignaron un nuevo lugar de enterramiento en el llamado Prado de la Dehesa, al sur de la población, que empezaría a acoger cadáveres el 9 de agosto, el día de mayor letalidad de la enfermedad. Más tarde sería convertido en cementerio, bendecido y cerrado para evitar profanaciones, usos irreverentes del mismo y la entrada de animales carroñeros. Años más tarde los verdejos sufrirían de nuevo varios brotes aislados de cólera: en 1864 originando 192 muertes; en 1869 con 207 fallecidos; en 1883 siendo responsable de la mayor parte de los 240 óbitos acaecidos y de los 207 de 1889⁶, aunque nunca alcanzarían la virulencia del primero.

La Gran Gripe de 1918: La Madre Patria

La epidemia, de probable origen aviar, nació en marzo de 1918 en un cuartel militar estadounidense de Kansas cuyos soldados esperaban su traslado a Europa. Más de un millón de tropas desembarcaron en puertos franceses, contribuyendo a que el virus gripal se extendiese con mayor celeridad. La *Gran Gripe* ha sido considerada como una de las pandemias más letales de la historia del hombre, con una mortalidad estimada en torno a los 50 millones de personas, sólo comparable con la producida por la II Guerra Mundial. En España el número de fallecidos se cree pudo alcanzar las 260.000 personas, cifra que supondría casi el 1,5% de la población total del país en el bienio 1918-1919 en que permaneció activa. La acción más letal se dio, en el 75% de los casos, durante los meses de septiembre a noviembre de 1918, alcanzando su cénit en octubre, como sucedería en Valdeverdeja. La alta mortalidad experimentada trajo como consecuencia que España tuviese en dicho año un crecimiento neto negativo, circunstancia que únicamente volvería a repetirse en el año 1936, comienzo de la Guerra Civil. Se sospecha que la epidemia penetró en la península ibérica en mayo de 1918 por ferrocarril desde Francia, como consecuencia del retorno de los temporeros portugueses y españoles que trabajaban en campos cercanos a los campamentos militares galos, además de soldados lusos que volvían a Portugal y veraneantes franceses que venían de vacaciones a España.

Así, en septiembre Valdeverdeja sufrirá de nuevo otro terrible drama sanitario que alterará la dinámica de su comunidad, al detectarse los primeros casos de la llamada *Gran Gripe de 1918*⁷. No habían transcurrido todavía treinta años desde el último brote de cólera, por lo que las secuelas emocionales y sociales aún permanecían vivas, repitiéndose las mismas escenas de inquietud general. Baste leer los libros de los Cabildos y Actas de la Junta de Sanidad municipales. El 22 de septiembre se consigna el primer caso, aunque es probable que hubiera infectados con anterioridad mal diagnosticados o intencionadamente silenciados, como vimos sucedió con la epidemia de cólera de 1855. Son 50 las personas que se computan como fallecidas desde el inicio

de la epidemia hasta el 14 de noviembre⁸. Creemos, no obstante, que la cifra debería elevarse sustancialmente a tenor de lo anteriormente referido, antes y después de dar por “extinguida” la epidemia.

Con el fin de socorrer a los enfermos más necesitados de la localidad, el Gobernador Civil de la provincia envió al municipio una caja de botes de leche condensada y diez docenas de huevos. Provisiones muy necesarias, pero a todas luces insuficientes para satisfacer la escasez alimentaria de la villa. A diario el Cabildo recibía quejas de la imposibilidad de encontrar en el municipio huevos y leche “para alimentar los enfermos por ser muchos los atacados de la gripe”. Tratando de remediar la carencia se prohibió vender huevos fuera de la población y se nombra al concejal don Eusebio Soria para que se desplace a Madrid a comprar botes de leche condensada por cuenta del Ayuntamiento para venderlos a precio de coste entre los vecinos. Pocos días después, el 24 de octubre, la asamblea municipal acuerda confeccionar una lista “de los enfermos más necesitados haciendo dos clases con el fin de incluir en la primera los pobres que se encuentran con mayor necesidad”. Realizadas las listas, se decide socorrer con siete pesetas y cuatro huevos a los incluidos en la categoría más menesterosa y con seis pesetas al resto.

El elevado número de fallecidos generó una gran escasez de espacio en el todavía activo cementerio de coléricos, por lo que hubo que reabrir el viejo camposanto de la Iglesia de 1813, clausurado desde hacía décadas. Impresiona la dramática situación que se vivirá con la inhumación de los cadáveres, pues era frecuente que no hubiese personas para conducir los cuerpos al cementerio ante el temor al contagio. Hubo familias con la totalidad de sus miembros afectada por el mal, sin tener a nadie que cavase la sepultura para su entierro. La municipalidad tomó medidas urgentes al respecto nombrando a dos operarios para que mantuvieran abiertas constantemente tres o cuatro fosas y enterrar a los fallecidos desamparados. Para tal cometido y restablecer el servicio de enterradores, se acordó abonarles un salario de dos pesetas y cincuenta céntimos además de ser gratificados diariamente con el importe de dos litros de vino, y dos pesetas más por los cadáveres que condujesen al cementerio. La ignorancia popular achacaba la ingesta de vino a una supuesta protección del alcohol frente a la gripe. Se sabe, también, que para que los médicos tuvieran rápido conocimiento de los infectados en su ronda ciudadana, se colocaba una silla cubierta por una sábana delante de la puerta de los enfermos.

La prensa de la época se haría eco de la tragedia, como el periódico ABC del 25 de octubre, que bajo el titular “La salud en España” recoge una serie de informes oficiales en los que se da cuenta de la evolución del virus gripal en las diferentes provincias. De Valdeverdeja leemos “que era un pueblo muy castigado” pero que la enfermedad iba remitiendo, mientras que se advierte su incremento en las poblaciones de Novés y la vecina Oropesa.

La historia de la humanidad es inseparable de la historia de la enfermedad. Las crisis sanitarias acaecidas por los efectos devastadores de epidemias y pandemias transformaron la geografía humana de países y poblaciones, sembrando el luto en numerosos hogares. Como sucedió en Valdeverdeja.

¹ Francisco Javier Iruzubieta Barragán: «La pandemia gripal de 1918 en la ciudad de Logroño», *Berceo* 154 (2008), p. 346.

² María Pilar Sarrasqueta Sáenz: *La epidemia de cólera de 1885 en Navarra y en Tudela*, Tesis Doctoral Universidad de Navarra, Facultad de Medicina, Navarra, 2010, p. 20.

³ El bacilo del cólera no se descubrió hasta 1883 por el médico alemán Robert Koch.

⁴ Jesús Martín Tardío: *Las epidemias de cólera del siglo XIX en Mocejón (Toledo)*. Toledo, 2004, p. 46.

⁵ Jesús Rodríguez Moreno: «Una aproximación a su Historia, Geografía y Formas de vida», *Valdeverdeja, una villa entre tres comunidades*. Toledo, 1998, p. 77.

⁶ *Ibidem*, p.79.

⁷ En España fue conocida también, con un cierto tono irónico, como *La Madre Patria*, *La Cucaracha* y *La Pesadilla*.

⁸ Jesús Rodríguez Moreno: *Op.cit.*, p. 120.